

CONSTANTINOPLA. — PUNTA DEL SERAL.

T. III. p. 203.

ron á sus piés, implorando su gracia. Los que estaban mas cerca, y los mas atrevidos le explicaron el motivo de su tierna inquietud y de su solícito levantamiento. Mahomet II sin responderles, ordenó al gefe de los eunucos que cortara la cabeza á la hermosa esclava cuyo amor suponian que él preferia á su gloria, y que la arrojaran en medio de los soldados amotinados para mostrarles como sabia despreciar el amor. Los genizaros convencidos y apaciguados por aquella horrible prueba, se retiraron admirando á un sultan que se sacrificaba con tanta facilidad en lo que mas queria, por amor al imperio; se estremecieron, se callaron y con el terror que les inspirara aquella accion, volvieron á entrar en la senda del deber, por todo el tiempo que duró aquel reinado.

XII

Algunas otras acciones tan prontas y sanguinarias como aquella señalaron la presencia del sultan en Asia.

Una pobre mujer de un aldeano de las cercanías de Brusa, se quejó de que varios pajes del palacio

le habian robado sus melones, y como los pajes se negaron á designar entre ellos al culpable, Mahomet II mandó que abrieran á muchos de aquellos jóvenes hasta que se encontrara la prueba del robo en sus entrañas. Pero esta barbarie, contada únicamente por historiadores griegos sin sinceridad ni criterio, quedó considerada por los otomanos y los italianos de la corte de Mahomet como una de esas fábulas con que los vencidos calumnian á los vencedores.

Sin embargo, esos mismos historiadores griegos, venecianos ó genoveses, están unánimes en celebrar el amor que mostró Mahomet II hácia los estudios mas liberales mientras residió en Magnesia y en Brusa. El árabe, el persa, el caldeo, el hebreo, el latin y el griego le eran bastante familiares para que pudiera conversar con sus súbditos que hablaban esos varios idiomas. Leía las poesías latinas que los venecianos y los genoveses componian en su alabanza, y vivía en familiaridad con los pintores y los músicos de la Italia que su magnificencia llamaba á su corte. Todos se hallan contestes en decir que su tolerancia religiosa se acercaba mas á la incredulidad que al fanatismo; que observaba exteriormente el culto de su pueblo, pero que hablaba en la intimidad del fundador del islamismo con mucha licencia de espíritu. Plutarco era su lectura favorita y estudiaba,

segun decian, la manera de imitar á Alejandro, á César y á los grandes conquistadores, cuyas vidas se cuentan en aquel libro. Habia mandado traducir las biografías de los grandes hombres en turco, para dar á sus pueblos ó darse á sí mismo la emulacion de la gloria. Los orientales no podian comprender aun la emulacion de la libertad.

XIII

Al volver á la ciudad de Andrinópolis le devoraba esa sed de gloria y de conquista, lo mismo que habia devorado á sus modelos antiguos. El deseo de apoderarse de Constantinopla consumia su alma, y le despertaba á veces sobresaltado en sus noches.

Los otomanos, que poseian dos imperios, en realidad carecian de capital. Brusa se hallaba demasiado lejos á la extremidad del Asia Menor; Andrinópolis estaba muy encajonada entre Rhodopo y el Hemus, en un camino de la Europa cortado por el Danubio, y Tesalónica se encontraba demasiado estraviada en el fondo de un golfo, á la falda de las gargantas de la Tesalia. Solo Constantinopla parecia pues estar

predestinada por la naturaleza y por los romanos para servir de capital á un doble ó un triple imperio, donde los caminos del mundo, los valles, los rios, las llanuras, los estrechos, los mares hacian desembocar en un centro dominador á veinte pueblos nacionalizados ó avasallados. El fantasma de Constantinopla llenaba de dia y de noche la imaginacion del jóven conquistador.

XIV

Mahomet II disimulaba su impaciencia, temiendo advertir á los griegos y suscitar antes de tiempo la emocion del occidente cristiano, pero no podia contenerla. Una noche que el sultan no habia podido hallar el sueño en medio de la agitacion de su pensamiento, mandó que despertaran al gran visir Khalil, por medio de un mensaje inusitado á semejantes horas, ordenándole que pasara inmediatamente al serrallo. Khalil al recibir aquella orden tan inesperada, se turba, se alarma, se acuerda de los justos motivos de cólera que su adhesion á Amurat II y su

destronamiento de Mahomet II habian podido dejar en el alma vengativa del sultan, y resignándose á una suerte, que hace tiempo se hallaba suspendida sobre su cabeza, dirige al cielo su última oracion, abraza á su mujer y á su hija como en señal de una despedida suprema, y por último, lisonjeándose todavía de poder ablandar á su amo cediéndole las riquezas que debe á sus dos ministerios, elije entre sus tesoros mas preciosos una ancha copa antigua de oro cincelado, despojo de los templos de Tesalónica ó de Corinto, la llena de cequies de Venecia, de perlas y de diamantes, la oculta bajo su capa y se marcha al serrallo.

Al entrar en el aposento del sultan, Khalil se prosterna como para ofrecer un rescate por su vida y presenta á Mahomet II la copa de oro. « *Serenate lala mio* » (nombre familiar que significa mi padre ó mi tutor y que dan los sultanes á los grandes visires envejecidos en sus funciones) *serenate, lala mio, no necesito tu vida, ni tu oro, lo que necesito que me des, es Constantinopla.* » Y luego mostrándole sus ojos encarnados por el insomnio, y su cama deshecha por sus inútiles movimientos para conciliar el sueño, prosiguió: « Ves esos almohadones, pues estan aplastados por las posturas que en vano tomé para que descansara mi cabeza; no puedo dormir si al cabo

« no me prometes que me darás aquello con que
« sueño de noche y de día. »

« Lo tendrás, mi amo, respondió Khalil, contento
« con rescatar sus ofensas pasadas y su vida insegura
« por la inmensidad de tamaño servicio; ¿quién pu-
« diera negaros lo que os pertenece por la grandeza
« de vuestros pensamientos, por la omnipotencia de
« vuestras armas y por la vil insolencia de vuestros
« enemigos? Largo tiempo hace ya que adiviné vues-
« tros deseos bajo vuestro silencio, y todo lo he pre-
« parado misteriosamente para satisfacer en un día
« dado, vuestra religion, vuestro patriotismo y vues-
« tra gloria; á vuestros piés están Constantinopla ó
« mi cabeza. »

El sultan agradecido, despidió á Khalil para que fuera á tranquilizar á su mujer y á su hija, y encargándole únicamente que desconfiara del oro de los griegos, muy diestros para corromper, se durmió despues descansando en la palabra de su visir tan previsor y tan hábil.

XV

Al otro dia salió con Khalil para Galipoli, y adelantándose por la Tracia interior hasta la aldea de Dazomaton, que en otro tiempo fué griega y hoy es turca, situada en la orilla europea del Bósforo, en el mismo sitio en que ese estrecho, encajonado entre el Asia y la Europa, dió paso antiguamente á los persas de Darío, ordenó á Khalil que construyera allí al instante una fortaleza, en frente de la fortaleza asiática de Guzel-Hissar, elevada veinte años antes por su abuelo Bajazet-Ilderim.

Ese promontorio europeo sobre el Bósforo, en el sitio en que ese canal es como un rio, y á pocas millas de Constantinopla, se encontraba admirablemente escogido para adelantar el límite de la conquista, para encarcelar á Constantinopla y para ahogarla por el terror ántes de ahogarla por la mano de los turcos.

Llamado en otro tiempo el promontorio Hermeo, de un templo á Mercurio que formaba pirámide sobre su cima, y despues el promontorio de Cyon por la analogía del murmullo de las olas del Bósforo

contra las rocas, con los ladridos nocturnos de los perros, el promontorio del castillo de Mahomet II elevaba imperio contra imperio. El sultan ó su arquitecto, ya por una intencion supersticiosa, ya por un juego significativo del arte, dieron á sus varios recintos la forma de unas letras que componen en árabe el nombre del profeta y del conquistador, de modo que el nombre del profeta escrito en relieve y en letras mayúsculas sobre la tierra de Europa, opusiera digámoslo así, el sello del islamismo y del imperio sobre la última colina que abrigaba aun á la capital de los cristianos, y de aquí el dibujo singular y contorneado de las murallas y de los bastiones que sorprende en esas ruinas al viajero, pues para hacer que ese monumento de guerra se pareciera mas al nombre del profeta, el arquitecto colocó un torreón colosal, cuyos muros tienen treinta piés de grueso, por aquellas partes donde la letra M, que se halla dos veces en el nombre sagrado, forma en la caligrafía árabe un círculo parecido á una torre. Para despertar la rivalidad en prontitud y celo, entre los tres visires favoritos del sultan, Suridje-bajá, Saganos-bajá y Khalil, se confió la construccion de una torre á cada uno de ellos.

Seis mil albañiles y picapedreros llamados por el gran visir de todas las provincias de Europa y de

Asia, se acamparon sobre el promontorio de Mercurio para llevar á cabo aquella construccion de la ira sultánica. Diez mil campesinos, cojidos por la fuerza, les llevaban la piedra, la arena y la cal, y los grandes del imperio mezclados con los trabajadores para hacer alarde de emulacion y de celo, se honraban con echar una mano á los trabajos mas pesados de albañilería y de terraplenes. Lo mismo que en una época posterior se confundieron en Francia todas las clases y todas las profesiones de la sociedad para terraplenar en el campo de Marte de Paris el recinto de la federacion de la libertad, así cada otomano quiso poner su piedra en la ciudadela de la conquista.

Los restos imponentes y siniestros del castillo de Mahomet II, inútiles ya como un límite que la conquista dejó detrás de sí, se hallan cubiertos ahora de vejetacion, de mirtos, de yedra, de plátanos y de cipreses cuyo verde umbrío se destaca sobre los trozos desmantelados de las pardas murallas, y el otomano y el griego, llevados en sus kaiques por la rápida corriente que pega sin cesar agitada en diversas direcciones contra la base de las rocas sombrías, miran al pasar, con admiracion ó con terror, el uno el monumento de su fuerza, el otro el monumento de su servidumbre.

XVI

El emperador griego espantado con aquella amenaza construida de fragmentos de rocas en las mismas cercanías de su capital, pidió con timidez esplicaciones al sultan, por medio de sus embajadores.

« ¿De qué os quejais? respondió el sultan á Constantino Dragoses que llevaba la palabra por los griegos, yo no formo ninguna empresa contra vuestra ciudad; el proveer á la seguridad de mis Estados no es infringir los tratados. ¿Habeis olvidado ya el extremo á que fué reducido mi padre cuando vuestro emperador coligado en su contra con los húngaros queria impedirle que pasara á Europa? Sus galeras le cerraron entónces el paso, y Murad se vió obligado á reclamar la ayuda de los genoveses.

« Yo estaba en Andrinópolis, pero era bien jóven todavía. Los musulmanes temblaban de espanto, y vosotros insultabais su infortunio. Mi padre en la batalla de Varna hizo el juramento de elevar una fortaleza sobre la orilla europea; yo cumplo este

« juramento. ¿Y os creéis con derecho ó con fuerza para intervenir asi en lo que me place ejecutar en mi territorio? Las dos orillas son mias; la de Asia porque está habitada por los otomanos, y la de Europa porque no sabeis defenderla vosotros.

« Id á decir á vuestro amo que el sultan reinante no se parece en nada á sus predecesores; que los deseos de estos no alcanzaban tan allá como hoy alcanza mi poderío. Por esta vez os permito retiraros, pero en adelante haré arrancar la piel del cuerpo á todos aquellos que se atrevan á pedirme cuenta insolentemente de lo que hago en mi imperio.»

Desde aquel dia Mahomet sin piedad por los griegos que cultivaban las huertas, los jardines, las llanuras próximas á Constantinopla, dejó que sus forrajeadores y sus mulas destrozaran impunemente los sembrados y plantíos, y como los campesinos de una aldea griega límite, despojados asi de sus cosechas mataran defendiéndose á uno de los forrajeadores de Mahomet, el sultan envió á sus tschauschs para que castigaran á la aldea. Los habitantes se fugaron, pero los segadores búlgaros que, como eran estraños á la contienda, pensaron que podrian seguir en toda seguridad en sus labores, fueron degollados en los surcos de las tierras.

Constantino en represalias mandó que se cerraran las puertas de Constantinopla para algunos jóvenes eunucos del serrallo que habian acudido á ver la ciudad y á divertirse en ella. Estos esclavos le hicieron presente que aquella permanencia forzosa en la capital seria considerada como un crimen y que á su vuelta á las tiendas del sultan lo pagarian con su vida; Constantino conmovido de lástima, mandó que les abrieran las puertas y les dió escolta hasta el campo de Mahomet, encargándoles un mensaje de su parte á su amo, mensaje triste, noble y resignado como su suerte.

« Si la capital está amenazada de contratiempos no
 « merecidos, decia el mensaje de Constantino á Ma-
 « homet, el refugio del emperador será el Omnipo-
 « tente. Yo no mandé cerrar las puertas para los
 « súbditos turcos, sino despues que rompisteis vos
 « las hostilidades. Los habitantes se defenderán con
 « todas las fuerzas que les deje el destino, en tanto
 « que Dios no haya inspirado al sultan pensamientos
 « de paz y de justicia. »

Mahomet II respondió á esta invocacion á su justicia por el primer cañonazo disparado del castillo, armado ya, sobre un buque veneciano que queria saber si el Bósforo estaba libre todavía. Una enorme bala de piedra que salió por entre las almenas de la torre de

Khalil, la mas próxima al agua, echó á pique el buque con los marineros. Mahomet dió al castillo el nombre de Boghaz-Kesen, esto es, torre que cruza ó que corta la garganta. Firuz-Aga y quinientos genizaros quedaron en la fortaleza con una artillería formidable, para guardar aquel punto avanzado de los otomanos.

XVII

Despues de esta primera circunvalacion de Constantinopla, el sultan y Khalil se volvieron á Andrinópolis, para concentrar allí los doscientos mil hombres, las máquinas, las armas, las municiones secretamente preparadas para el sitio. Los tráfugas, que no faltan jamás en los campos de los vencedores, llevaron de Alemania y de Italia á Mahomet II, todas las artes y todos los secretos de la guerra bien hecha. El fundidor de cañones Orban, húngaro que estaba al servicio de Constantino, se marchó de Constantinopla pretextando que no querian darle un salario proporcionado con su talento. Mahomet no encon-

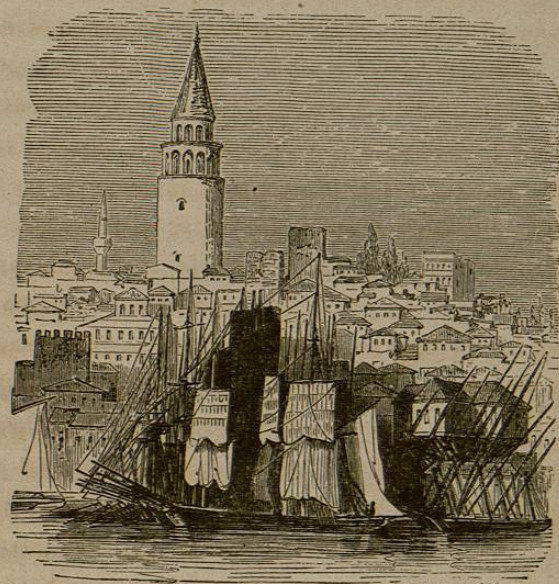
traba nada caro tratándose de adquirir Constantinopla, y prodigó el oro y los honores al tráfuga.

« ¿Puedes, le dijo, fundirme una pieza que se parezca lo bastante al rayo para que la bala que des-
« pida abra las murallas de Constantinopla? »

— « Fundiré una, respondió el húngaro, que der-
« rumbaría hasta los muros de Babilonia. »

Orban fundió en efecto un cañon de bronce cuyas balas de doce palmos de circunferencia pesaban mil doscientas libras. Este gigantesco monumento de los rayos humanos exijía la fuerza de cien toros y de setecientos hombres para moverle. Arrastrado ante la esplanada del serrallo de Andrinópolis, llamado por los turcos el *serrallo desde donde se ve el mundo*, le probaron despues de haber advertido á la ciudad y á la aldea, temiendo que el susto de su detonacion no hiciera abortar á las mujeres embarazadas. El humo cubrió á Andrinópolis con una nube de donde salieron el relámpago y el ruido; la bala atravesó toda la llanura de Andrinópolis y se hundió en el flanco de la roca de la montaña opuesta. La prueba reanimó la confianza del sultan. Tres mil artilleros con quinientos pares de bueyes fueron encargados de llevar el cañon por la Tracia en direccion á las orillas del Propontide.

Doscientos mil hombres de Asia y otros tantos



GALATA.

de Europa, se aumentaron rápidamente á las órdenes de sus bajás, de sus begs y de sus emires, en las vastas llanuras que se estienden de Galípoli á las puertas de Constantinopla. El sultan, Khalil y sus generales, no tardaron en presentarse en medio de aquellas masas prodigiosas; la tierra y la mar les suministraban abundantemente de Europa y Asia, los rebaños, las cosechas y la cebada suficiente para el consumo de los hombres y de los caballos.

Una flota de ciento cincuenta buques de guerra, construida, armada en seis meses por las disposiciones previsoras de Khalil, y tripulada por tráfugas ejercitados de Italia, de Grecia y de Sinope, navegaban á la vista de las tiendas sobre el mar de Mármara. Los buques griegos que habrian podido combatirla con su superioridad inmensa, y la que les daban sus hábitos marítimos, se reservaban para la defensa de la rada interior de Constantinopla, y se hallaban fondeados detrás de una cadena de hierro estendida desde la puerta de Santa Sofia hasta la colina de Tofana. Los pocos buques cristianos que se armaban en los puertos del Archipiélago ó de Rodas para socorrer á los griegos, no se atrevian á pasar los Dardanelos antes de haber agrupado sus velas en escuadra capaz de medirse con la flota turca.

Los griegos, envilecidos y resignados en su capi-

tal, gastaban su poca vida en las facciones supersticiosas, y solo habia patriotismo en el corazon de Constantino; apelaban á los milagros en vez de apelar al heroismo, ese milagro del corazon humano.

XVIII

Ninguna capital se hallaba mas favorecida por la naturaleza que Constantinopla para defenderse, contra el ataque y el asalto de todo un pueblo. La geografía habia hecho de ella una ciudadela, y los mil años de poder de sus emperadores y el arte de sus ingenieros, habian completado la obra de la naturaleza. En otro tiempo *Bizancio*, despues *Ciudad de Constantino*, *Islambul*, ó complemento del Islam, para los musulmanes, *Farruk* para los árabes, esto es, ciudad que separa *dos continentes*, y *Ummedunya* ó *Madre del mundo* para los turcos, Constantinopla hoy, ha cambiado de nombre sin cambiar de importancia: es la capital escrita en la tierra por el dedo de la Providencia, no para un imperio, sino para un hemisferio.

Políticamente, Constantinopla, une á la Europa y

al Asia bajo un cielo espléndido y sobre cuatro mares; militarmente, es un campo fortificado para atacar, y una isla para defenderse. Con una simple ojeada basta para conocer su majestad y su fuerza.

XIX

A la extremidad del vasto golfo del mar interior de Mármara (Propóntide), golfo que se abre y se cierra por el estrecho de los Dardanelos en el sitio en donde el mar de Mármara se redondea para dormir entre los dos continentes sobre la última playa de la tierra de Europa, que se diria alarga dos brazos para abrazar por enfrente al Asia, el navegante sigue con los ojos una vasta llanura ondulada que fué en otro tiempo la Tracia, granero del imperio de Bizancio. Un poco ántes de acabarse en la mar, esa llanura se eleva suavemente en una cadena de siete colinas que apenas se reconocen hoy bajo los edificios que las nivelan como las siete colinas de Roma. En la cúspide y á los lados de esas colinas insensiblemente sobre puestas, desde la playa del mar de Mármara por un lado, hasta la playa del Cuerno de

Oro por el otro, se estiende la ciudad de Constantinopla. Las murallas exteriores con la base en las olas, las azoteas de las casas, las cúpulas de las mezquitas, las agujas de los minaretes, las copas sombrías y puntiagudas de los cipreses, la ponen hoy de manifiesto en toda su longitud al ojo del viajero; el *Pentapyrgion*, ó castillo de las Siete Torres, la *Acrópolis*, ó lo que es hoy el jardín del serrallo, la cúpula de Santa Sofía, las azoteas y los campanarios de ochocientos monasterios, los tejados dorados del palacio de Blakernes, mansion predilecta de los emperadores, los arcos monumentales del *Cynegion* ó del anfiteatro de los combates de las fieras, los muelles de los puertos de Teodosio y de Juliano en el Propóntide, los muros de mármol del palacio de *Bucolion*, cuyo nombre escribían sobre el pórtico un león y un buey esculpidos, por último, los obeliscos, las columnas y las estatuas aereas que se elevaban de distancia en distancia destacándose entre los palacios, los templos y las casas sobre el azul transparente de las grandes plazas públicas, mostraban en aquel tiempo su perfil á las miradas de los navegantes del Propóntide.

Después de haber pasado junto á los muros, por las siete puertas monumentales y por los dos puertos artificiales de esa playa, el mar de Mármara, que se estrecha de repente en la punta de la *Acrópolis* an-

tigua ó del serrallo moderno, parece cerrar el paso á los buques permitiendo que la Europa y el Asia se confundan; pero á pocas oleadas mas allá la ilusion se desvanece, el Asia y la Europa se separan alejándose algunos miles de pasos, y se abre un ancho canal, parecido á la confluencia de tres rios, que marca el contorno de la punta de Europa. Allí declinan en una pendiente suave y verde los tenebrosos jardines de cipreses del serrallo; allí la *Acrópolis* de Constantino alzaba sus bastiones y sus torres sobre las copas de los plátanos.

A una corta distancia de esa confluencia se descubre á la derecha el Bósforo de Tracia, encajonado como un rio entre dos promontorios cargados de pueblos, que huye serpenteando bajo las rocas abrigadas por la sombra de los bosques hasta el mar Negro, y se ve tambien á la izquierda entre los muelles de la Constantinopla antigua y la poblacion continua de Tofana, de Pera y de Gálata, una rada espaciosa inmensa y honda que llega hasta el corazon de ese golfo y que coloca de ese modo á Estambul entre dos mares. El riachuelo *Syndacus*, hoy *Arroyo de Aguas dulces* de Europa, baja de las colinas de la Tracia por entre los prados de un valle, y entra en el golfo en el fondo del panorama. Esa mar interior, encorvada en forma de asta de buey para envolver sus promonto-

rios, se llamaba entónces el Cuerno de Oro, sin duda por alusion tambien al cuerno de abundancia que derramaban los buques de tres mares en el puerto de Bizancio.

Pero en la época en que Mahomet II sitiaba á Constantinopla, la ciudad imperial se acababa en el *Syndacus*, y no se esparcía como ahora en las colinas de Gálata, de Pera, de Tofana y del Bósforo; solo ocupaba la península de las Siete Colinas, cerrada con el Cuerno de Oro por un lado, y por el otro con el mar de Mármara, que juntan sus olas para cubrir la punta del serrallo.

XX

Desde el cauce del *Syndacus*, en el fondo del Cuerno de Oro hasta el castillo de las Siete Torres, en la orilla del mar del Mármara, habia una muralla doble y continua, precedida por el lado de la Tracia de un foso siempre inundado con el agua de ambos mares, y coronada con torreones cuadrados que eran otras tantas fortalezas. Esta muralla ocupaba un espacio de siete mil piés de lonjitud desde el fondo del Cuerno

de Oro al Propóntide, y completaba el aislamiento inexpugnable de la capital. La naturaleza habia hecho de ella una península, la mar un puerto, la política una isla y las colinas una fortaleza. El imperio griego, como si hubiera previsto un dia su caída, parecia haber querido encerrar todos sus monumentos, todas sus obras maestras y sus riquezas en una Acrópolis en la punta maslejana del continente de Europa, desde donde huia de los bárbaros para encontrarse con los conquistadores.

XXI

Esa muralla continua por el lado de la Tracia, de un grueso de veinte codos, llena de torreones y erizada de almenas, se abria por medio de arcos monumentales y por medio de puentes suspendidos sobre los jardines y las huertas de la llanura. Los grandes caminos militares ó comerciales de la Europa, desembocaban en sus puertas de varias provincias, á saber: la puerta de los búlgaros, la puerta de Andrinópolis llamada entónces *Polyandria*, á causa de la muchedumbre que obstruia continuamente sus bó-

vedas, la puerta de San Roman, la mas monumental y la mas adornada de todas, que los turcos llaman hoy la puerta del Cañon, en memoria del cañon gigantesco de *Orban* que tiró contra sus torres, y por último, la puerta de Oro, por donde pasaban los ejércitos, y cuyos bajos relieves y estatuas de bronce dorado, cambiaban en un arco de triunfo. Bajo esa bóveda pasaron Narses, vencedor de los godos, Heraclio, campeón del imperio enervado ya contra los persas, Juan Zimisces y Nicéforo Focas, triunfador de los sarracenos, y Basilio II conquistador de la Bulgaria.

Desde aquel último triunfo esa puerta se hallaba tapiada como si la victoria hubiese abandonado para siempre al imperio. Una profecía popular anunciaba que los cristianos latinos pasarían por aquel arco para entrar en Constantinopla. Esa puerta de mal agüero inspira aun á los turcos de nuestro tiempo los mismos temores que inspiraba ántes á los griegos, y continua tapiada todavía.

Mil rumores nacidos del temor, de la ociosidad y de la supersticion de los claustros, intimidaban ó tranquilizaban alternativamente á los griegos de Constantinopla, juguetes en todo tiempo de su imaginacion vana y quimérica. Los unos decían que los turcos penetrarían en la ciudad hasta la plaza del Toro, llamada así de un grupo de bronce que habia en ella,

pero que llegados allí, los griegos recobrando ánimo y volviendo contra sus vencedores, volverían á conquistar el imperio con su capital; otros anunciaban que se habían hallado en el monasterio de S. Jorge, cerca de la Acrópolis, unas tablillas milagrosas que contenían una lista muy larga de los nombres de los emperadores, pero que después del nombre de Constantino la tablilla estaba rota, y que la ausencia de nombres mas abajo significaba el fin del imperio; por último, otros contaban que Huniade, el héroe de los húngaros, se encontró con un viejo en la noche que precedió á la batalla de Varna, como Bruto en Filippos, y que este anciano profético le habia dicho: « No se salvarán los cristianos mientras los otomanos « no hayan esterminado á los griegos cismáticos. »

XXII

Mientras pesaban tan siniestros presentimientos sobre el alma afeminada de los bizantinos, otros presentimientos muy distintos inflamaban el corazón hinchado de promesas de los soldados de Mahomet II, por el Coran, que es la única profecía que ellos ad-